

*Agustín García Calvo*

*Actualidades*





*En fin, los números 13 a 17 corresponden a mis años de París, desde 1969, en que, al caer allá, viví en Nanterre el proceso de reintegración de la revuelta del 68, hasta 1976, en que, un año después de la muerte del Dictador y la amnistía y la instauración de la nueva Democracia, hube de resolverme a volver acá, no sin grandes vacilaciones y pena de abandonar la familiar y abigarrada vivienda del Barrio Latino, ciudad que era y sigue siendo tan bien hecha para la vida todavía, y donde, pese a algunos grandes desastres y unos pocos sobresaltos (como la exportación a Córcega, donde pude bañarme al sol de Octubre mientras duraba la visita de un dirigente soviético al Presidente francés de entonces), y en medio de los trenes de ida y vuelta a la Universidad de Lila, que benigneamente me acogió durante cuatro cursos, tanto pude tener de solaces y vagabundeos en que reflexionar y hasta escribir. Aunque lo más de las escrituras políticas de esos años (pergeñadas muchas veces en medio de la inquieta y alentadora compañía de los amigos de la horda parisina) consista en los panfletos Apotegmas a propósito del marxismo, Manifiesto de la Comuna Antinacionalista Zamorana, Comunicado urgente contra el Despilfarro y De los modos de integración del pronunciamiento estudiantil, que «La Banda de Moebius» viene reeditando estos últimos tiempos, y también las Cartas a mi sombra, que se publican como tercera parte de este libro, puede que valga la pena añadir aquí algunos otros papeles sueltos.*



*Este número 13 es un artículo que se publicó en la revista Frente Libertario, no sé si en un número del año 1972, y deseo que esta republicación me sirva de pretexto para recordar las ocasionales conversaciones que en la rue Saint Denis sostuve en común con algunos viejos anarquistas y con muchachos de las nuevas oleadas libertarias, donde, aparte de aprender otras cosas, pude comprobar que la diferencia de aquellos hombres con los hombres de partido era bien cierta, al menos en el sentido de que sabían (la más preciosa de las virtudes) oír y era posible para un cualquiera oírles y conversar con ellos con desprevenición y aun decirles cosas bastante duras de tragar tal vez, como las que en este artículo se dicen.*